

## XV

El joven Dutailon, de edad de quince años, conducido á la muerte con su familia, se regocijó al pié del cadalso al considerar que con sólo un hachazo iba á reunirse con su padre. «¡Me guarda un sitio allá arriba, no le hagamos esperar!»—dijo este niño al verdugo para que se apresurase á concluir con su vida.

Un hijo de Mr. de Rochefort fué conducido con su padre y tres parientes más al paseo del Rosal, en Feurs, para ser fusilado. El piquete hizo fuego, y sólo tres sentenciados cayeron. El niño quedó ileso, porque enternecidos los soldados, no dirigieron hácia él la puntería. «¡Perdon! ¡perdon!—exclamaron conmovidos los espectadores.—No tiene aún diez y seis años, y podrá ser un buen ciudadano.» Los ejecutores dudaban, y Javogues prometió salvarlo. «No, no, no quiero vuestro perdon, ni tener que deberos la vida á vosotros,—exclamó el niño, abrazando el cuerpo sangriento de su padre.—¡Yo quiero morir! ¡Yo soy realista! ¡Viva el rey!»

La hija de un menestral, joven de una belleza extremada, fué acusada de no haber querido ponerse la escarapela republicana. «¿Por qué te obstinas—le dijo el presidente—en no querer llevar el signo redentor del pueblo?» «Porque vos le llevais»,—respondió la joven. El presidente Parrein, admirando tanto valor, y avergonzado de enviar una hermosa criatura al cadalso, hizo señas á un carcelero que estaba detras de la acusada para que pusiese una escarapela en su cabeza; pero ella, habiendo visto la seña, se arrancó la escarapela con indignacion, la pisoteó y marchó á la muerte.

Otra joven que á impulsos de la metralla habia perdido el dia anterior todo lo que le apegaba á la vida, atravesó la multitud para ir á arrodillarse al pié del tribunal, y suplicó á los jueces que la condenasen. «Habeis muerto á mi padre, á mis hermanos y á mi prometido,—exclamó;—no tengo ya familia, ni amor, ni destino en la tierra. ¡Quiero morir! La religion me prohíbe darme la muerte por mi mano. ¡Matadme!»

Un preso joven llamado Couchoux, sentenciado á morir al dia siguiente con su padre, de edad de ochenta años y privado del uso de las piernas, fué arrojado para esperar la hora del cadalso en los sótanos de la casa de la ciudad. Durante la noche descubrió el medio de poderse escapar por una cloaca que iba á desaguar en el álveo del rio. Seguro de la salida, se volvió á buscar á su padre. El anciano hizo inútiles esfuerzos para sostenerse, pero sucumbió á mitad de camino y suplicó á su hijo que se salvase, abandonándolo á su suerte. «No,—dijo el joven;—viviremos ó moriremos juntos.» Cargóse entónces con su padre, y arrastrándose por el subterráneo, huyó á favor de la oscuridad hasta dar con un bote á la orilla del Ródano, y consiguió salvarse en él á una con el autor de sus dias.

Una mujer de veintisiete años, á quien el amor habia exaltado hasta el heroísmo durante el sitio, y que habia combatido con la intrepidez de un soldado, llamada madama Cochet, arengó al pueblo desde la carreta que la conducia al suplicio: «¡Sois unos cobardes—les dijo—en matar á una mujer que ha cumplido con su deber combatiendo por defensores de la opresion! No es la vida la que siento, sino el hijo que llevo en mi seno. ¡El inocente participará de mi suplicio!

¡Monstruos,—añadió, mostrando con la mano su seno, que atestiguaba su estado de preñez,—no habeis querido esperar algunos dias, temiendo que yo pariese un vengador de la libertad!» El pueblo, conmovido, tanto por el estado en que se hallaba aquella heroína, como por su juventud y su belleza, la seguia en silencio. Un grito unánime de perdon salió de la multitud, pero el chirrido de la cuchilla que cortaba dos vidas á la vez interrumpió el tardío clamor del pueblo. Cuarenta y cinco cabezas fueron aquel dia transportadas en el carretón del ejecutor. Para sofocar aquellos movimientos compasivos de la multitud, los prócsules habian reclutado algunos hombres asalariados que, colocados en las ven-



Fusilamientos en Lyon.—Pág. 233.

tanás de la plaza, aplaudian cada vez que caía la cuchilla, del mismo modo que puede aplaudirse en un teatro á un buen actor.

## XVI

Una joven de diez y siete años, de una hermosura varonil, y que recordaba á Carlota Corday, habia combatido con sus hermanos y con su prometido en las filas de los artilleros lyoneses. La ciudad entera admiró su intrepidez, y Precy la citaba como ejemplo á sus soldados. Tan valiente como modesta, no manifestaba exteriormente su heroísmo sino en el fuego. Era soltera, y se llamaba María Adrian. «¿Cuál es tu nombre?»—le preguntó el juez, admirado de su juventud y ofuscado por sus encantos. «María,—respondió la joven acusada,—el nombre de la Madre de Dios, por quien voy á morir.» «¿Tu edad?» «Diez y siete años, la edad de Carlota Corday.» «¿Cómo has podido á tu edad manejar el cañon contra tu patria?» «Para defenderla.» «Ciudadana,—le dijo uno de los jueces,—admiramos tu valor. ¿Qué

harias si te concediésemos la vida?» «Os atravesaría con un puñal por verdugos de mi patria»,—respondió irguiendo la cabeza. En seguida subió en silencio y con los ojos bajos los escalones del cadalso, más intimidada por las miradas de la multitud que por la muerte. Rehusó la mano que le ofrecía el verdugo para que no tropezase al subir, y gritó dos veces: «¡Viva el rey!» Al despojarla de sus vestidos, el verdugo encontró en su pecho un billete escrito con sangre; era la despedida de su prometido, ametrallado algunos días ántes en Brotteaux. «Mañana á esta misma hora,—le decía á su prometida,—no existiré. No quiero morir sin decirte por última vez que te amo. Aunque me ofreciesen el perdón por decir lo contrario, lo rehusaría. No tengo tinta, y me he abierto una vena para escribirte con mi sangre. Quisiera confundirla con la tuya por toda una eternidad. Adios, mi amada María. No llores, para que los ángeles te encuentren tan hermosa como yo en el cielo. Voy á esperarte. ¡No tardes mucho!» Los dos amantes no estuvieron separados sino algunas horas. El pueblo supo admirar, pero no quiso conceder el perdón.

Los suplicios en masa no cesaron hasta que se conoció el disgusto de los soldados, indignados de verse convertidos en verdugos. Los suplicios individuales se multiplicaron hasta el extremo de mellar las cuchillas y cansar á los ejecutores. «¿Tienes necesidad de un verdugo más activo?—escribía el jacobino Achard á Collot-d'Herbois.—Yo me ofrezco á serlo.» Los cuerpos insepultos, apiñados en las orillas del Ródano, le infestaban é infundían temores de peste. Las ciudades y las poblaciones del litoral se quejaron á la Convencion de la fetidez del ambiente y de la suciedad del agua que bajaba de Lyon. Los jacobinos y los representantes estaban sordos, y reanimaban su furor en los banquetes patrióticos. Dorfeuille, Achard, Grandmaison, los jueces, los administradores y sus satélites, brindaban por la rapidez de la muerte y por la energía del verdugo. Parodiando la cena de Jesucristo, se pasaban de mano en mano una copa llena de vino, animándose mutuamente á apurarla. «Esta es la copa de la igualdad,—dijo Grandmaison;—hé aquí la sangre de los reyes. Tomad y bebed.» «Republicanos,—repuso Dorfeuille,—este banquete es digno del pueblo soberano. Reunámonos, administradores, estado mayor, miembros de los tribunales y funcionarios públicos, cada década, para beber juntos en un mismo cáliz la sangre de los tiranos.»

Llamado á Paris Collot-d'Herbois por los primeros rumores de la indignacion del pueblo contra estos asesinatos en masa, se justificó en los Jacobinos. «Se nos llama antropófagos,—les decía.—Los aristócratas son los que hablan así. Se examina con cuidado el modo de morir de los contrarrevolucionarios. Se esparce la voz que no mueren del primer golpe. Pregunto yo ahora: ¿cuántos recibió Chaliér? La gota más pequeña de la sangre de un patriota cae sobre el corazón. No tengo compasion de los conspiradores. Hemos cañoneado doscientos á la vez, y de esto se nos ha hecho un crimen. ¿Ignoran los que esto dicen que no es sino una prueba de sensibilidad? Caiga sobre ellos el rayo popular, sin dejar más que la nada y las cenizas.» Los jacobinos aplaudieron este feroz discurso.

Fouché, que permaneció en Lyon para continuar la epuracion del Mediodía, escribía á Collot-d'Herbois, para felicitarle con él de su comun triunfo: «Y nosotros tambien combatimos á los enemigos de la república en Tolon, ofreciendo á sus miradas miles de cadáveres de sus cómplices. Aniquilemos de un solo golpe en nuestra ira á todos los rebeldes, á todos los conspiradores y á todos los traidores.

Ejercemos la justicia á ejemplo de la naturaleza. Venguémonos como pueblo. Hiramnos como el rayo, y que la ceniza misma de nuestros enemigos desaparezca del suelo de la libertad. Que la república no sea más que un volcan. Adios, amigo mio. Lágrimas de alegría corren por mis ojos é inundan mi alma. No tenemos más que un modo de celebrar nuestras victorias: esta tarde enviaremos doscientos trece rebeldes á que sufran el fuego del rayo.»

Sin embargo, áun en el mismo Lyon, algunas almas republicanas osaron respirar libremente la humanidad, deshonorar el crimen y acusar á los verdugos. Varios ciudadanos nada sospechosos se dirigieron á Robespierre como al moderador de la república. Se sabía por la correspondencia de Couthon con algunos patriotas de Lyon que Robespierre se indignaba en el comité de salud pública de las proscripciones de Collot-d'Herbois y de Fouché, y de la destruccion de la segunda ciudad de Francia. «Estos Marios de teatro—decía en su intimidad en casa de Duplay, aludiendo al oficio de procónsul;—no reinarán dentro de poco sino sobre ruinas.» Fouché, en sus cartas á Duplay, se esforzaba por engañar á Robespierre, y le presentaba á Lyon como una contrarrevolucion permanente. En toda la república se conocian las disensiones secretas que fermentaban ya en el comité de salud pública, entre el partido de Robespierre y el de Collot-d'Herbois, y que los unos buscaban en la revolucion un orden social bajo las ruinas, y los otros no buscaban en ellas sino rapiñas y venganzas. Algunos republicanos del partido de Robespierre se reunían misteriosamente en Lyon, esperando el menor síntoma de variacion en la opinion pública. Uno de ellos, llamado Gillet, se atrevió á firmar una carta escrita con consentimiento de todos. «Ciudadano representante,—decía en esta carta dirigida á Robespierre,—he habitado los sótanos y las catacumbas, he sufrido el hambre y la sed durante el sitio de mi patria; si éste hubiese durado uno ó dos días más, hubiera perecido víctima de mi adhesion á la causa de la Convencion, que es, á mi modo de ver, el centro de union de todos los buenos ciudadanos. Por lo tanto, tengo derecho de hablar hoy de justicia y de moderacion en favor de mis enemigos. Los que aquí atentan á la libertad de cultos son ahora los verdaderos culpables. Apresúrate, ciudadano, á hacer expedir un decreto que los condene á muerte, y que purguen de este modo la tierra de la libertad. El mal es grande, la llaga profunda; es necesario una mano violenta y pronta. Nuestros campos son víctimas del estupor. Los labradores siembran con la certeza de no coger el fruto de sus afanes. El rico oculta su oro, y no se atreve á hacer trabajar al indigente. Todo el comercio está paralizado. Las mujeres ahogan el instinto de la naturaleza, maldiciendo el día en que van á ser madres. El moribundo llama á su pastor para oír de su boca palabras de consuelo y de esperanza, y el pastor se ve amenazado con la guillotina si va á confesar á su hermano. Las iglesias han sido devastadas, los altares destruidos por unos malvados que pretenden marchar en nombre de la ley, cuando en realidad no marchan sino por orden de otros tan malvados como ellos. ¡Gran Dios! ¡A qué tiempo hemos llegado! Todos los buenos ciudadanos, ó casi todos, bendicen la revolucion, y todos maldicen y lloran la tiranía. La crisis es tal, que estamos en vísperas de las más grandes desgracias. La explosion de la mina que se carga en estas comarcas exterminará acaso la Convencion entera, si no te apresuras á inutilizarla... Medita, Robespierre, estas verdades que me atrevo á firmar, aunque me cueste la vida el haberlas escrito.»

## XVII

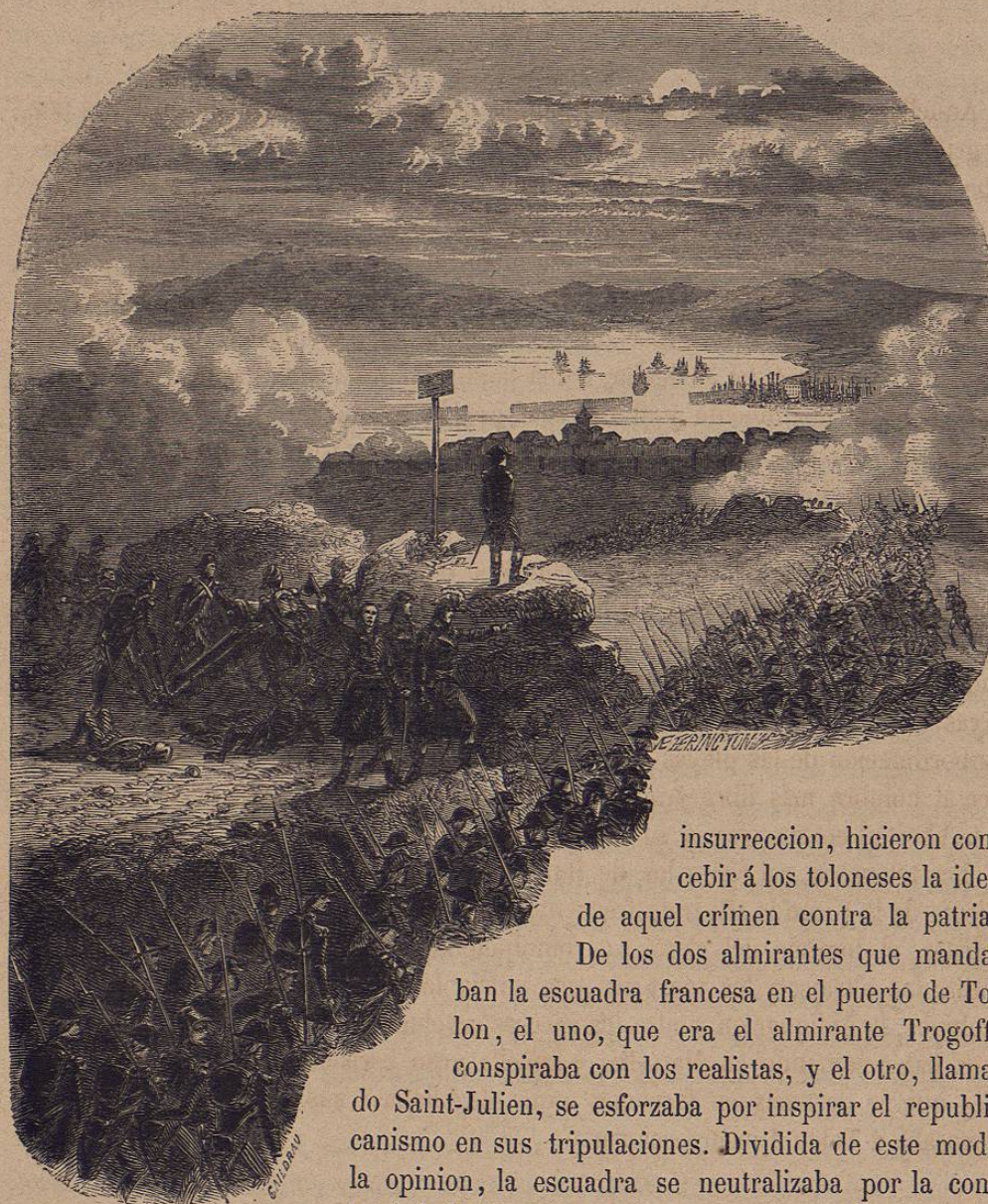
Aquellos remordimientos de los republicanos puros se ahogaban en París por los gritos dementes del partido de Hebert, de Chaumette y de Collot-d'Herbois. Robespierre, Couthon y Saint-Just, que no se atrevían á atacar aún á aquel partido, callaban, esperando que la indignación pública estuviese bastante sublevada para arrojarla sobre los terroristas. Pero mientras que las cenizas de Lyon se anegaban en torrentes de sangre, el incendio de la guerra civil prendió en Tolon.

Tolon, puerto el más importante de la república, y ciudad ardiente y móvil como el sol y el mar del Mediodía, había pasado rápidamente desde el exceso del jacobinismo al abatimiento y al disgusto por la revolución. Imitando los movimientos de Marsella cuando los sucesos del 10 de Agosto, Tolon había lanzado contra París la flor de su juventud mezclada con la hez de su población. La Provenza había llevado su ardimiento á París; pero la misma fogosidad que había hecho tan terribles á los provenzales contra el trono de Luis XVI, les hacía incapaces de someterse por mucho tiempo al yugo de una república central y uniforme, como la que Robespierre, Danton, los Franciscanos y los Jacobinos querían fundar. Aquellas antiguas colonias, fundadas por los focios y los griegos en las playas de la Provenza, habían conservado algo de la perpetua agitación y de la insubordinación de las playas de donde eran originarias. El espectáculo del mar hace al hombre más libre y más indomable, porque ve continuamente la imagen de la libertad en sus olas, y su alma contrae la independencia de aquel elemento.

Los toloneses, así como los de Burdeos y Marsella, propendían hácia el federalismo de la Gironda. El trato frecuente con los oficiales de la armada, casi todos realistas; el dominio del clero, casi omnipotente sobre las imaginaciones del Mediodía; los ultrajes y los martirios que sufría la religión bajo el reinado de los jacobinos, la indignación contra los excesos revolucionarios que el ejército de Carteaux había cometido en Marsella, y aquella gran escisión, en fin, de una república que se deshacía en facciones y que degollaba á sus fundadores, todo esto provocaba á Tolon á insurreccionarse.

## XVIII

La escuadra inglesa al mando del almirante Hood cruzaba en el Mediterráneo, y mantenía aquellas disposiciones hostiles por medio de correspondencias secretas con los realistas de Tolon. La escuadra se componía de veinte navíos de línea y veinticinco fragatas. El almirante Hood se presentó á los toloneses como aliado y como libertador, más bien que como enemigo, prometiéndoles conservar la ciudad, el puerto y la escuadra, no como conquista, sino como un depósito que entregaría al sucesor de Luis XVI, tan pronto como Francia hubiese ahogado á los tiranos que la oprimían. La opinión de los toloneses pasó con la rapidez del viento del jacobinismo al federalismo, de éste al realismo, y del realismo á la defección. Ocho mil fugitivos de Marsella apiñados en Tolon por el terror de las venganzas de la república, lo inexpugnable de sus muros, las baterías de sus buques, la presencia de las escuadras española é inglesa combinadas, y dispuestas á proteger la



Sitio de Tolon; toma del fuerte Mulgrave.—Pág. 238.

insurrección, hicieron concebir á los toloneses la idea de aquel crimen contra la patria. De los dos almirantes que mandaban la escuadra francesa en el puerto de Tolon, el uno, que era el almirante Trogoff, conspiraba con los realistas, y el otro, llamado Saint-Julien, se esforzaba por inspirar el republicanism en sus tripulaciones. Dividida de este modo la opinión, la escuadra se neutralizaba por la contrariedad de sus tendencias, y no podía hacer otra cosa fraccionándose que seguir el movimiento que le imprimiese el partido vencedor. Situada entre una ciudad sublevada y un mar bloqueado, debía quedar forzosamente destrozada, ó por el cañon de los fuertes, ó por el de los ingleses, ó por ambos á la par. La población de Tolon, en que fermentaban á la vez tantos elementos combinados, se sublevó á la aproximación de la vanguardia de Carteaux con una unanimidad que excluía hasta la idea del remordimiento. Hizo cerrar el club de los Jacobinos, sacrificó á su jefe, encarceló á los representantes del pueblo Bayle y Beauvais, comisionados en aquel punto, y llamó en su ayuda á los ingleses, á los españoles y á los napolitanos.

Al aspecto de las escuadras enemigas, el representante Beauvais se suicidó en la cárcel. La escuadra francesa, á excepción de algunos navíos que el almirante Saint-Julien mantuvo algunos días en su deber, arboló bandera blanca. Los tolo-